

Octubre

esto, sino de llevar á los puestos públicos á los que en tiempo de Zelaya negociaban con él, con bonos de exportación, con introducción de mercaderías libres de derechos y otros tantos monopolios.

Hay muchos que llevaron su corrupción hasta el extremo de pedir esas granjerías para obsequiar á la misma mujer á quien iban á conducir al altar; y quieren sin embargo que perdonemos todo esto, que echemos un velo sobre esas cosas, como que si no existiera una generación ávida de saber la verdad y un pueblo á quien se debe rendir estrecha cuenta de nuestros actos, y de los crímenes cometidos, para que comprendan por qué se llama gloriosa la Revolución de Octubre y la ame y la defienda de todo corazón.

Ciertamente, no solo tomando el rifle se trabaja por la Revolución; pero á todos los revolucionarios nos supo á rejalgarse el volver al Rama después de Tipitapa y San Vicente, y aun en el exterior se dijo q. la Revolución no era popular porque ninguno del interior se acercó á Tisma. Ahora coronan al General Chamorro, y en aquel día fatal no hubo quien le enviara siquiera el recado de que el camino estaba libre por el lado de Granada.

Y ahora mismo, en la segunda etapa de la campaña, para mayor vergüenza de la República, las mujeres hicieron la Revolución en el interior, comprando tiros, acarreado rifles, sacando soldados del pueblo, procediendo como espartanas, mientras muchos hombres se escondían y vacilaban.

Bien sé que disgusta el escucharse la verdad, y que esto se

Noviembre

Noviembre

llama zizaña; pero desengañense siempre; mientras tenga mi cerebro y una pluma, yo la diré sin temor.
Es un deber también decir que la mayor parte de los negociadores con la hacienda pública, odiaban á Zelaya y deseaban su caída; pero esto es atrocemente inmoral, hay que decirlo para que esta falacia no prive en este país desgraciado, hecho girones en la honra, en la hacienda y en la vida.

J. M. MONCADA.

Managua 11 de Octubre de 1910

EL 11 DE OCTUBRE

La una de la mañana del 11 de Octubre de 1909 sería cuando el General Juan José Estrada, se levantó de su asiento, tocó la campana del teléfono y á sus primeras órdenes revolucionarias.

Aquel rasgo de abnegación y de patriotismo fué el primer salvador de Nicaragua y por él debemos mucho al General Estrada, que tenía la Costa, las armas, los elementos todos con que comenzara su hermosa cruzada nuestra Revolución.

Muchos hablan de festejar ese

Dicho

Deber

gran día. Yo le festejo con mi alma, agradecido á la libertad de que gozamos; pero no quisiera que por calles y plazas se gritara esta victoria, porque hay vencidos y hay hermanos para quienes sería amarga la fiesta.

En bien de esa gloriosa Revolución, cuyo aniversario celebro hoy en mí mismo, renuncio á esas contiendas de la prensa y á toda defensa personal, para no agriar los ánimos, y prometo dedicarme solamente al patriotismo y al cumplimiento del programa revolucionario, escrito con sangre y lágrimas en las aguas azules del Bluff y en la montaña.

No leeré siquiera los ataques personales. No hojearé los periódicos que de mí particularmente traten, como era mi propósito desde la reaparición de «El Centinela».

Consagrémonos á la unión de los elementos revolucionarios, sin perdonar por eso á los malos, á los que corrompieron las aguas tranquilas del país y se apoderaron del tesoro público.

Vivimos sobre un esqueleto. La patria se halla medio muerta. Es preciso darla vida, olvidando por muchos días la política y la intriga.

En este aniversario firmo, pues, tratados de paz con los amigos; pero con los enemigos no, porque la sanción social es el gran castigo de los delincuentes; y desde Dios hasta el hombre y aun hasta los animales inferiores, siempre hubo conciencia clara del deber de castigar al culpable.

Celebremos esta gloriosa Revolución que nos permite hablar y pensar libremente, que nos trae otros aires y otra vida. Seamos cuerdos en esta hora suprema, sacrificando los intereses de partido y los intereses personales, en aras de los intereses de la patria.

Yo pido á los compañeros abnegación y sinceridad, de aquellos que conocimos en el destierro y en las horas amargas.

Antes que el amor propio y la ambición, deben predominar en los verdaderos ciudadanos los altos ideales, estableciendo en el alma y en los sentimientos una gradación soberana:

- la justicia,
- la patria,
- el partido,
- el interés personal,

Que sea esto último el último de nuestros intereses.

Yo ofrezco mi nombre, ya que no riqueza alguna, porque no tengo, á la patria. La he ofrecido mi vida y se la ofrezco de nuevo para salvar la libertad.

Dispongan de mi pluma y de mi caso cerebro, para esas nobles causas, en aras de la revolución, todos los que crean que alguna vez de mi vida haya entrado por la puerta de mi pecho la miseria del egoísmo. Detesto esas cosas pequeñas y para que me comprendan no invocaré por cierto mis acciones, porque la patria no es deudora mía.

Yo soy su deudor. Yo quiero ser antes que todo ciudadano.

J. M. MONCADA

Al Dr. Germán Arellano

GRANADA.

Resolviéndome estaba, señor Doctor, á torcer la pluma y á derezarla por otro camino, más útil á los intereses de la patria ageno á estas discusiones puramente personales, cuando leí su carta, ingenua por todo extremo.

Voy á contestarla. A mí me gusta que los hombres confiesen con franqueza lo que han hecho; si me dicen que tuvieron misericordia á Zelaya, ¿por qué me de dar por ofendido, si es conciencia natural de los humanos y muchos otros animales, el terror?

Me dice Ud. que publique un discurso que pronuncie ante el barro que simbolizaba á Zelaya en la muy heroica villa de Victoria. Lo publicara con su gusto, porque de seguro no dudaba que pudiera avergonzarme

Fueron improvisaciones, elogios personales al amigo, y á las veces, desentendiéndome de la estatua y del barro, me iba por otros carriles y hasta hería la susceptibilidad religiosa del padre Altamirano, que en la gloria esté, si ha merecido, pues soy partidario de que también en el cielo haya justicia.

Hay alguna diferencia á mi entender entre los discursos de Ud. y los míos. La cortesía y el agradecimiento me llevaban á las fiestas de Zelaya R. y elogiándole más bien incurria en el enojo de don Santos, para quien ninguno otro en el mundo era merecedor de estatuas. Ud. confiesa que Ud. le conducía el miedo. Ya ve, pues, que hay alguna diferencia.

Supiero, justino plenamente su debilidad y no me juzgo capaz de la necia jactancia de que no la he tenido en varias circunstancias de mi vida. Poco antes de que me suspendieran este maldadado *Centinela*, en 1893, yo, liberal, partidario de la revolución de Julio, viendo que caminaba derecho á la prisión, corrí al Hotel Lúpone, á buscar al célebre Rigoberto Cabezas, para pedirle un consejo. Yo soy amigo de Uds., le decía, pero considero que «El Centinela» debe decir la verdad de las cosas, y de esta manera voy caminando á la oposición.

— Realmente, me contestó Cabezas, yo le aconsejo que suprima el periódico y acepte un empleo del Gobierno. Es preciso hacer dinero, amigo Moncada. Déjese el patriotismo, eso no da de comer. Acepte, por ejemplo, el empleo de Juez de Minas de La Libertad. Allá pagan con oro los propietarios.....

Me causó asombro el consejo, pero dejó en mí la culebrá de la avaricia, no la liberal de qué me habla don Mariano B. Llegué á mi casa, con aquella tenaza en la cabeza. Pagan en oro, me decía. Vi á mi esposa dormida, dos hijos dormidos, con la sonrisa de los ángeles. Al día siguiente me pedirán pan, pues vivíamos en la miseria. Los agentes de «El Centinela», en su mayor parte, se cogían los fondos, los muchachos colectadores también. No dormí, me pasaba acitad...

Yo quería aceptar la judicatura de minas y el oro que relumbraba allá lejos, y me prometía días abundantes y felices.

Amaneció y fui á visitar á su casa al mismo don Santos. De la misma manera le expuse mis dudas, y de igual modo que Cabezas me contestó:

—Suprima el periódico y escoja un puesto en el Gobierno.

Regresé á mi hogar. Escribí para «El Centinela» algo incoloro, insípido, no sé qué.

Dos días pasé en aquella vacilación que no olvido; pero de repente se irguió en mí este temperamento impetuoso que me acosa, que me subleva contra toda baja-za. Prefiero la vida independiente, me dije á mí mismo. Y volví á tomar la pluma para atacar á Gámez y á Ortiz, que casi vivían en la Tesorería, y pocos días después me hallaba en la cárcel.

Otra vez, prisionero en la Penitenciaría, el año de 1901, si mal no recuerdo, escribí á Zelaya pidiéndole mi libertad y protestándole que yo no quería meterme más en política. Fué una debilidad. Mi cuerpo y mi espíritu ya no resistían. Con la frente sobre las baldosas, sin asiento, enfermo, amenazado de neurastenia, pedí mi libertad. Aunque era un derecho, yo no hubiera querido haberlo. Recuerdo que un día, estando en el Principal de Managua, el año de 1898, llegó Aurelio Estrada, otro amigo mío, á ofrecermé sus buenos oficios por conseguir mi libertad

—No quiero deber gracia á Zelaya, le contesté. Agradeceré mucho á Ud. que trabaje solamente por mi compañero de la prisión, quien no tiene más delito que el haberme dado hospitalidad en su casa.

Me hizo este servicio el general Estrada y cuatro días después, abriendo un hoyo en la pared, conseguí yo mismo, por mi mano ensangrentada, esta libertad preciosa que tanto amo.

En otra ocasión, hallándome en el célebre N° 7, ví entrar á mi hija de ocho años y acercarse á la reja. El sollozo salió de mi pecho. Lloré como un niño y sacudí como fiera la reja, de tal modo que el carcelero corrió á abrirla.

Así contaría á Ud., señor Arellano, muchos altos y bajos de mi ánimo, todo lo cual me ha demostrado que el hombre es como el gallo; no siempre está de pelea.

Hay gallos también que nunca están de pelea, que siempre se corren; pero al menos los pobres animalitos se esconden en el monte ó en el piñuelar, mientras que otros, como Ud., expresan su miedo con discursos. Por manera que de todo hay en el mundo.

Me dice Ud. que muchos creen en Granada que yo no les quiero. Están en un error, señor mío. Para mí la Sultana es mi tierra nativa. No se borra de mi cerebro el recuerdo de aquel paisaje del lago que despertó mi alma de niño; de San Francisco y sus alrededores, donde pasé mi vida de colegial. Créame que el odio que siento contra casi todos los liberales se debe en mucho al daño causado á

Granada. Y no pronuncio los nombres de Fernando Sánchez Debayle y otros, por inmenso me nosprecio, porque no me parecen

hombres, porque no sé cómo calificarles.

En cambio, señor, por gustarme mucho ser justo, pronuncio con placer el nombre de Paulino Godoy, porque es generoso y bien nacido, aunque de humilde cuna y porque jamás metió sus manos en el arca abierta por Zelaya.

Pero convénzase también, yo nunca seré de la devoción de muchos de Granada, aunque pinte pájaros en el aire, porque no soy ciego, porque soy hombre libre y así como reconozco las cualidades censuro los defectos.

No me perdonarán la franqueza. Se olvidarán, y perdone Ud. esta rectificación que le hago, que toda la parte última de la campaña, en la vanguardia, desde Las Mesas hasta Managua y el plan de pacificación sin derramar más sangre, son obras de mi pensamiento, debidas á esta fiebre revolucionaria que todavía no amengua en mí, origen verdadero de las disenciones domésticas en que me veo envuelto con «El Diario Nicaragüense». El ya quiere política y yo solamente quiero que se cimente la unión, que ella sea primero y que después sean los partidos.

J. M. MONCADA.

NO ES CIERTO

Un periódico de la localidad nos habla de un Delegado del Ejecutivo, á quien llama el Príncipe Regente, pronunciando el nombre de Emiliano Chamorro.

En los días de la guerra el General Chamorro ejerció ciertamente esta Delegación; pero de hecho dejó de ejercerla desde que el poder del General Estrada fué reconocido en toda la República y se estableció en Managua.

Después Chamorro ha tomado y toma parte en los consejos del Gobierno, con legítimo derecho, pues esta situación política es todavía anormal. Predominan los elementos revolucionarios. Es preciso impedir q. la reacción tome cuerpo y vuelva la patria á los días desgraciados y tristes durante los cuales imperaron, sin derecho y

sin ley, José Santos Zelaya y José Madriz.

Nuestros enemigos no quieren conformarse. No se resignan á perder aquella, para ellos, preciosa libertad de meter las manos á sus anchas en la Tesorería Nacional. Sacaban la puñada con tal cinismo que luego iban dejando el reguero de billetes en la calle y en el camino, sin cuidarse de borrar las huellas del crimen.

El General Chamorro ya no es Delegado. Muchos de nosotros, estimando siempre al compañero, no queríamos que lo fuera ni en la guerra, para no hacer nada que se pareciera al tremendo sistema de José Santos, el cual permitió á Matus, asesinar á los Vanegas en

Jinotepe; á Gámez matar á Rivera y otros y arrebatar al prójimo en su propia heredad la hacienda y la vida, como Delegados.

No, ya no hay delegados, ni los tendremos, mientras hombres de conciencia predominen en el Gobierno.

J. M. MONCADA.

EL TRABAJO

No así el pueblo pastor, ni cazador. Llevan vida errante. Donde obtienen caza abundante, comen y beben. Encienden su fuego á la ribera de la fuente, y una vez saciados, se acuestan á dormir. Adquieren de esta manera y poco á poco, hábitos de pereza. Deben ser, en consecuencia, débiles y menos aptos para la conquista del mundo.

En verdad, la historia demuestra estas diferencias. Todos los pueblos agricultores llegaron á constituir grandes naciones; y los pueblos pastores vivieron siempre errantes. Los egipcios, los persas, los indios, los caldeas, los romanos, formaron naciones poderosas.

Y por una coincidencia que comprueban las verdades establecidas, todos esos grandes pueblos fueron en los comienzos de su vida, mientras su género de vida fué la agricultura, virtuosos y trabajadores. Las grandes máximas sociales en ese género de vida se inspiraron. Los preceptos de Zoroastro, las leyes de los egipcios, los persas y los indios, las costumbres de Roma, la agricultura, son un dechado para la humanidad. Las religiones tomaron el carácter virtuoso y eminentemente moral en los tiempos de la agricultura.

Y cada uno de esos pueblos en fermó á medida que se modificaron las tennencias de la mayoría, y el hombre edificó ciudades para la vida sedentaria. Cada ciudad, creciendo, enfermaba, decaía. Memphis, Babilonia, Roma, todas las grandes ciudades antiguas, decayeron al mirar con desprecio el cultivo de la tierra. Desde el momento en que la madre Tierra no les dió alimento, el debilitamiento fué mayor.

Fueron pueblos agricultores primero, y después conquistadores. La conquista proporciona riquezas, imperios y esclavos; pero aflojaba los lazos sociales, desarrollaba la molicie, engendraba la corrupción. Comenzó de esta manera la enfermedad física, correlativa con la enfermedad moral.

Tomemos como tipos históricos algunos de esos pueblos, los que más contribuyeron en la civilización humana.

Una raza ó un conjunto de tribus se estableció en aquellas remotas edades, cerca del Ganges y del Indo. Era una decadencia de la raza aria, cuyos ideales sobre la vida supo condensar en sus doctrinas el gran legislador Zoroastro.

No volverán

Es de ayer esta historia, ese recuerdo que da frío, que ahoga, de un gobierno despótico y cruel, dueño de vidas y haciendas.

Durante largos años, desolados y tristes, no florecía en Nicaragua el trabajo, ni el honor, ni el pensamiento. Vivíamos privados de toda luz espiritual, porque el tirano, con una hambre famélica se arrojaba sobre todo y azuzaba á todos los suyos, á los unos contra la libertad de las personas, á los otros contra la vida, á todos contra la sociedad.

Fresco está en Granada, y en todo el país, el recuerdo de un hombre, gemelo de Fernando Sánchez, que recibió la consigna de llamar á todas las puertas, para ofrecer la cooperación, como se ofrece el pan en días de hambre y de miserias públicas. Algunos tomaban el mendrugo arrojado, otros lo rechazaban, y lo mismo sucedió en Managua, en León y en todas partes.

El tirano se enfurecía contra los hombres dignos. Le parecía una afrenta para él, una acusación indirecta, pero terrible contra su concupiscencia, el que hubiese manos limpias y corazones patriotas. A él no le parecía bien que existiera el armiño en Nicaragua, y cuando sabía que existía alguno, mandaba á sus seides para tentarlo, como el diablo á San Antonio.

Salían manadas de rufianes por los pueblos en busca de vírgenes para el amo, y todos los hogares temblaban sintiéndose amenazados. Se estrechaba la familia junto al fuego sagrado como entre los primitivos arios al escuchar el rugido del tigre y del león en la montaña.

Qué cosa más vil y más triste el caudillo, el arrodillarse ante los triunfadores, el creer en séres predestinados! Cómo se doblega todo y desaparece ó se achica el alma humana, ese don sublime de pensar y querer con la moral y la justicia, con respetuoso homenaje al deber y á la verdad.

Aquel tirano llamado Santos Zelaya, empequeñeció la misma tierra, la ciudad en que naciera, porque no hizo para ella nada, y aun la misma luz eléctrica, que con un judío contrató, no sirve ni para librar al transeunte en la noche obscura de caer en una charca. Vivían esos hombres tan acostumbrados á la charca que no sentían asco de enlodarse los pies en la calle. ¡Qué mucho que lo sintieran si también tenían enlodada el alma!

Pero lo que más duele es ver que existan todavía zelayistas, y que los que siempre estuvimos en la proscripción nos codiamos todavía con los verdugos, con los que nos pidieron la bolsa y la vida, el honor y la vergüenza, para tirarlas desarrapadas é impúdicas á los pies del despota.

Y sobremanera asombrá pensar que haya periódicos, escritores asalariados de otro tiempo que ponen los ojos en aquel pa-

de la dominación de Zelaya, como la más alta personificación del patriotismo y de la rebeldía.

Como dice el programa y en escogidas frases supo decirlo también la señorita Angélica Elizondo, en un discurso pronunciado con voz elocuente y entre aplausos de la concurrencia, las señoras y señoritas de esta capital fueron las iniciadoras y organizadoras de la fiesta.

Esto bastaría para enorgullecer al hombre que en los últimos días de su vida, ya venerable anciano, se ve colmado de agasajos, y de agasajos sinceros, porque es la expresión de quienes nada esperan de él, y solamente recuerdan su nombre, sus altas virtudes, su patriotismo sin tacha y su misma pobreza, sobrellevada en el destierro con ese corazón que solamente las almas nobles guardan.

En una tribuna se hallaba el Doctor Cárdenas al lado de doña Salvadora de Estrada, la digna revolucionaria, compañera del hombre abnegado, liberal en la acepción de la palabra, que supo ser patriota en los momentos en que el mundo todo se preguntaba si Nicaragua seguiría siendo juguete de un despota cruel, sanguinario y villano, en el más intenso concepto que nos da el idioma.

Nos referimos al General Estrada. Al lado de él se encontraba la digna señora de Cárdenas, fuerte también en el destierro, virtuosa compañera del ilustre nicaraguense, cuyas manos curaban enfermos en las playas de Puntarenas y cuyo cerebro curaba también de penas y de martirios, con el consuelo de su voz de jefe, á todos los proscriptos, víctimas de la tiranía.

Luego la señorita Sara Elizondo, con sincera frase puso en el pecho del Doctor una hermosa condecoración, que fué recibida con profunda emoción, en medio del enternecimiento general.

También habló sencilla y elegantemente la señorita Solís, arrancando nutridos y prolongados aplausos.

Loor en verdad merecen y merecerán siempre los que saben cumplir con el deber y son patriotas en la miseria y en el dolor y en todas las circunstancias de la vida, defendiendo la civilización, como Prometeo en el Cáucaso, con la luz en la mano y la mirada puesta hacia la tierra querida.

Una vez terminada esta parte del programa las parejas se lanzaron al baile en ese revuelto torbellino de la alegría que brota, que sale de todas las almas, que trasciende en las colgaduras y en la atmósfera misma y que todo lo transforma.

No mencionaremos por cierto á las muchas damas hermosas y agradables, concurrentes á la fiesta, y no las mencionaremos por temor de olvidar uno que otro rostro agraciado y gentil.

EL CRONISTA.

Este decía: Quien cultiva la tierra, se construye una casa, y tiene granos y cumple con la ley de Dios, es un santo.

Este ideal no podía ser mas virtuoso. Lo comprendieron por mucho tiempo los pueblos establecidos en las riberas del Indo y del Ganges. Adoraron á la lluvia que reverdecía los campos y multiplicaba las cosechas. La llamaron Indra. Adoraron á la vaca, que daba leche en el hogar; y principalmente al fuego, que calentaba al hombre, que le libraba de las tinieblas.

Por un período de años inolvidable para la humanidad, ese pueblo indio practicó la moral más grande y sugestiva, mientras tuvo por madre á la tierra; y la cultivaba obedeciendo las doctrinas de Zoroastro.

Pero poco á poco, por el engrandecimiento del pueblo, el gobierno tomó forma, las clases se separaron, el sacerdocio monopolizó las creencias y los altares. Se olvidó entonces por las clases directoras el cultivo de la tierra y comenzó á ejercer su influencia enervante y disociadora la vida sedentaria y olgazana. Comenzó á extenderse, á echar raíces el mal. A la manera de un parásito vegetal, de esos que adquieren enorme desarrollo, que abrazan al árbol del cual quieren vivir y le estrangulan, acariaciéndole al parecer, ese género de vida regalada é inactiva se apoderó de la nación y comenzó el descenso. Siglos después el parásito triunfó completamente y el pueblo indio perdió su poder y sus virtudes.

Si primero triunfaba la mayoría virtuosa, trabajadora, fortalecida en el cultivo de la tierra y á la intemperie, después venció la mayoría viciosa, disociadora, inepta para el trabajo y el pensamiento cuerdo.

En Persia, pueblo descendiente también del tronco ario, el fenómeno fué idéntico. El persa adoró la tierra, su cultivo y los manantiales que la regaban. Amó la verdad y santificó el trabajo con unción admirable. Pero iba creciendo, iba dominando, se ensoberbecía. Triunfó la idea imperial y Ciro ensanchó los dominios de su pueblo. Nadie ignora que de esa época arranca el terrible descenso de aquella antigua nación, generadora de muchas virtudes que honran al mundo. Al dejar el tibio seno de la madre tierra, Persia enfermó de mal de muerte, como enferma un niño á quien arrebatan desde la cuna el pecho de su madre.

Managua 14 de Octubre de 1910

Fiesta dedicada
al Doctor Cárdenas

CONDECORACIÓN

Por extremo simpática y concurrida estuvo la fiesta del 14 en homenaje al Doctor don Adán Cárdenas, el ilustre perseguido

Leyes Fisiológicas

Y el hombre se enorgullece sin embargo de su inteligencia y su poder y se Proclama e-rey de la creación! No se sabe, en cambio, de un pájaro, de un insecto, que haya olvidado, perdido el sendero que le trazó la naturaleza. Ninguno olvida á la madre tierra, la fecunda y divina por excelencia y por divinidad suprema.

Empero, si esta falta es grande en Europa, cuyas tierras agotadas ya no pueden dar alimento á la inmensa muchedumbre que sobre ellas se aglomera, en América, en esta América que tiene tierras y montes todavía vírgenes, inmensos y fecundos senos de donde las razas pueden arrancar el sustento para millones de seres, la falta se convierte en crimen, en el cual participan, en primer término los directores de los pueblos, los gobiernos; pues no debían de entrometerse en la administración del mundo los que no conocen las leyes sociales, todas estas verdades modernas que tanto iluminan los senderos del hombre.

El jurisconsulto, el militar, muchos llamados estadistas y políticos son verdaderamente incapaces para el gobierno. El mundo ya pide otros hombres y otras ciencias y esa es la inmensa revolución que se opera. El gobernante debe ser un sabio en leyes sociales, en sociología y en psicología y un hombre á la vez, apto para frenar, para dirigir con energía, creado en la ruda labor de la tierra, del hogar. Debe ser también un educador de pueblos, un conocedor de los misteriosos senderos por donde opera el mecanismo social. Es preciso que sea un hombre criado en el seno de la madre tierra para que el patriotismo le inflame.

Tal es la enfermedad mortal de la raza latina. Debilitada física y moralmente no sabe como retroceder ante el abismo.

Desde el ario primitivo, hasta el español que conquistó la América de pueblo á pueblo, de raza á raza, se ha ido abandonando el camino natural. Se ha pretendido formar una humanidad sin planeta, un espíritu sin cuerpo, una alma sin nervios.

Se ha obtenido el alma quizás; pero ¿qué miembros, qué nervios van á ejecutar lo que el alma piensa?

Si nuestro brazo no se ha movido jamás, si el impulso del pensamiento muere siempre en las concavidades cerebrales, ¿cómo trabajar? ¿cómo obrar? ¿cómo caminar hacia el progreso? ¿cómo resistir á las naciones que aunque tiene menos pensamientos, gozan sin embargo, de músculos más fuertes y de la animalidad necesaria para la sobrevivencia de las razas?

En verdad, la raza latina piensa más alto que las otras razas. Su cerebro vive congestionado é iluminado; pero da en la locura, en la neurastenia, en el aniquilamiento, porque su organismo no

tiene las fuerzas necesarias para el inmenso trabajo que el espíritu ejecuta. La máquina falta, se desgasta, se disloca, se muere. Muere, es verdad, como un meteorito, iluminando; mas este no es el gran objetivo de las razas. El gran objetivo es la supervivencia, la inmortalidad ó por lo menos la sucesión interminable de las generaciones.

Hay mucha grandeza en el espíritu, más no debemos matar el cuerpo que lo produce.

Y no solo matamos el cuerpo por efecto del género de vida adoptado desde los principios de la civilización, sino también por medio de la escuela primaria obligatoria por la ley de casi todas las naciones.

Cuando Lutero, para enseñar la Biblia á los mortales estableció la necesidad de la escuela, para todos los niños, la escuela se abrió y se estableció en oscuros recintos. Andando los tiempos hubo hombres geniales, con Pestalozzi á la cabeza, que fundaron la escuela al aire libre.

Hubo también naciones que siguieran ese camino, y como para enseñar más á la humanidad, en cuanto á la ley de que la infancia es la más apta para aprender, comprendieron á Pestalozzi los pueblos más jóvenes. Lo comprendieron Alemania, Suiza, Inglaterra y Estados Unidos. No lo comprendieron y se resisten todavía á comprenderlo las naciones más antiguas, petrificadas en cierta manera de ver las cosas: España, Italia, Austria y la América Latina, que aunque joven, nació vieja bajo la escuela española. El ingrato español había prosperado en las tierras y ciudades de la América latina.

Desde el tiempo de Pestalozzi se dividió la escuela, se bifurcó. Una rama creció frondosa, conforme á naturaleza, al aire libre y bajo el sol. La otra rama se mueve á la sombra, bajo el techo y las paredes oscuras de una cárcel verdaderamente medioeval.

Aquella educa al hombre en condiciones de existir por su propio esfuerzo, desarrollando su virtud y su carácter.

La otra atrofia, extrangula el carácter y la voluntad, mata el cuerpo y desarrolla locamente la inteligencia.

Y como esta labor de destrucción no data de ayer sino desde los tiempos de la edad media, es decir, de muchos siglos, el debilitamiento de la raza latina es pavoroso.

Cinco ó siete años pasa el niño encerrado entre las cuatro mugrientas paredes de una cárcel, y si se despierta en él la ambición, ó la de sus padres, pasa á la segunda cárcel, que es la escuela secundaria, en la cual adquiere el grado de bachiller, al cabo de otros cinco ó seis años.

El encarcelamiento no termina allí. Para conseguir ó ganar un puesto en la clase directora ó gobernadora, se encierra el joven en la universidad por otros siete ó ocho años, y obtiene, por fin el título de licenciado que le da carta blanca para optar á los principales puestos públicos.

Qué hombre es ese? Qué pro-

ducto? No es un hombre, es un ente forjado en medio deletéreo. Tiene brazos, pero no sabe para que le sirven. No los puede mover. Tiene pies, pero no puede caminar. Tiene ojos pero á lo veinte años necesita gemelos. Tiene órganos vitales, pero impotentes.

Leyes Fisiológicas

La fuerza del medio ambiente es casi omnipotente. No da el niño paso sin tropezar con la enseñanza perniciosa. Por esa ejercen tan poca influencia las escuelas edificadas en las ciudades, aunque abandonen el derrotero meramente instructivo y sean escuelas de trabajo.

El niño desde que nace, vive sitiado. La enseñanza de la madre, del padre, del criado, del hermanito, del compañero de juegos, es exactamente igual á la enseñanza, á la moral de la escuela y del medio social. Es un círculo fatal, una cadena que no se puede romper, una cárcel con cerrojos, con grilletes, con subterráneos, edificadas á la sombra, en atmósfera letal, en el vicio y en la corrupción.

Los padres dicen que á su niño le hace daño el sol, que no ha de correr ni trabajar porque se maltrata sus manecitas. Todos los de la casa piensan lo mismo y los amigos y los vecinos y toda la población. El niño no ha de mojarse porque enferma, porque se muere. No ha de correr porque se cansa.

El pobre, por imitación, por su gestión, imita esta perniciosa conducta del rico; y aunque tenga ingentes necesidades no quiere que el hijo le ayude á trabajar. Cría al niño holgazán, enfermo de cuerpo y alma le acostumbra á vivir del trabajo ajeno, como carga.

El observador más mediano, si dirige una mirada al medio social en que vive, encontrará la comprobación elocuente de estos hechos. Esa es la vida fatal de nuestra raza. Por ese camino nos hundimos y nos precipitamos en las fauces de otras razas, no superiores á la nuestra, pero si criadas con mayor vigor animal, con aptitudes para la lucha de la existencia.

Forzosamente y con justicia debe establecerse que esta escuela latina aborta y debe cerrarse para siempre.

Mejor es que no aprenda nada el niño, antes que aprender á envejecer, á morirse viviendo, á ser carga del Estado y pasto de la anarquía y de las revoluciones.

Hay mayor suma de bienestar en la ignorancia que en ese saber enervante y destructor, en esa anarquía de ideas y pensamientos, en ese olvido completo de la moral y la verdad.

EL TRABAJO

Tal fué Caldea. Al convertirse en comerciante, al encerrarse en los muros de Babilonia con una grandeza ficticia, puso el pie en la pendiente, para siempre, y murió sepultada. Si primero adoraba y cultivaba la tierra, más tarde la despreció y abandonó.

Tal fué Grecia, si pasamos del Asia á Europa. El griego llevó á las islas todas las virtudes de su ascendiente el ario. Se estableció

en pequeños predios rústicos y surcó la tierra con el arado. Adoraba á Céres, la madre fecunda, florecida durante la primavera. Mas por su proximidad al mar, Grecia, las pequeñas repúblicas griegas, se dedicaron bien pronto al comercio. Sus naves surcaron mares peligrosos, condujeron riquezas á las islas y se disputaron entre sí las conquistas y el botín. Aquello que costaba poco, que no se adquiría con el sudor de la frente, fué el primer mal de Grecia. Lenta pero fatalmente sus sentimientos, sus fuerzas, el amor de la patria, toda la grandeza desapareció. A la razón sustituyó el sofismo. El pensador se hizo hablador; el verdadero, mentiroso; el patriota, interesado en conseguir empleos y recursos á costa del erario. Es fácil comprender que Grecia enferma fué una imágen exacta de toda la raza latina actual, enferma de iguales ó parecidos males.

El estudio del crecimiento romano es por completo idéntico. La colonia del Tiber, descendiente del ario, era agricultora, sencilla, creyente. Había espíritus para las cosechas, para la caza, para cuidar á las vírgenes. Se consagró el matrimonio de manera que las matronas romanas preferían la muerte á la deshonra.

Nació el derecho, formulado por las doce tablas. Por espacio de seis siglos Roma ascendió bajo el predominio de la virtud y del trabajo. No quiso tu oro, decía un romano á un extranjero que pretendía comprarlo.

El foro griego tuvo su igual en Roma. Al principio el orador defendía las causas justas y el patriotismo. Invocaba las leyes con respeto sagrado. El cultivo de la tierra, el concepto de la propiedad, habían dado al romano tales virtudes que en verdad, el recuerdo de esa primera edad de Roma cautiva.

Cree en tí mismo

«Vibre tu corazón bajo esta cuerda de hierro. Acepta el sitio que la Providencia te ha destinado y la sociedad de tus contemporáneos, y el variar de los acontecimientos. Así lo hicieron siempre los grandes hombres. Entregándose como niños al genio de su época, revelaron en sus obras que su idea, digna de absoluta confianza, que su misión penetraba sus corazones, trabajaba

por sus manos y los dominaba por completo. También nosotros somos hombres y debemos aceptar, en su más alto sentido, el mismo destino sublime; no vivamos como mineros, ni como inválidos reclusos en un rincón abrigado, ni como cobardes huyendo delante de una revolución, sino como guías, salvadores y bienhechores, que obedecen al esfuerzo todopoderoso y avanzan sobre el caos de la obscuridad.»

EMERSON.

El fuego sacro

Nació el fuego sin dolor y sin violencia, con verdadera pureza de espíritu. Le engendró un rayo del Eterno, del Luminoso, Omni-potente, el Padre que está en los Cielos, Creador de todas las cosas. Vino á padecer y á sufrir, á devolver la paz y la tranquilidad á sus hijos, redimiéndoles del pecado. Era el ángel del hogar, el ángel custodio que chisnorroteaba y alumbraba la estancia para expulsar al enemigo malo. Era el Salvador misericordioso, el Santo entre los Santos, consuelo de los afligidos, protector de los perseguidos, alivio de los enfermos, compañero inseparable de los desheredados, mancos, cojos y ciegos.

Al mismo tiempo que producía esos beneficios espirituales, producía el fuego beneficios físicos. Desentumecía los miembros del hombre, dándoles calor, devolviéndoles la circulación, de la sangre y la energía del ánimo. Era el talismán de los paráliticos. Daba calor á los moribundos, los resucitaba á las veces, consolaba con su crepitar á la familia, anunciaba la llegada del marido, la felicidad de la casa. Acompañaba al niño y le daba calor, mientras la madre ausente buscaba leña y alimento para el hogar. Con todo esto derramaba la alegría en la casa y en consecuencia la salud.

El hombre había padecido y llorado terriblemente y se sentía rescatado, redimido, salvado, curado de dolencias físicas, pesares y quebrantos. Se había quitado un gran peso del alma, un mundo de dolores que la naturaleza multiplicaba y reproducía con vigor.

Con el fuego no volvió á la casa la serpiente. El fuego quebrantó para siempre su cabeza y la arrojó á la región del averno, como encarnación viva del demonio.

¡Cómo no había de adorar el hombre al Salvador celestial! Por doquiera sentía, imploraba su presencia. Era el Bien Supremo, Dios!

Criterios opuestos

Sabemos de cierto que don Mariano Zelaya B. se ha separado de la redacción del «Diario Nicaragüense» con motivo de no haber querido aceptar la empresa un artículo un poco fuerte contra el Gobierno actual.

No procede así «El Centinela». Publica lo que sus adversarios di-

cen de él, y lo que dicen los enemigos contra el Gobierno. Ofrecemos á don Mariano las columnas del periódico y de veras sentimos su separación, pues en todo el orbe no habríamos encontrado un propagandista que mejor trabajara en bien de la política del Gobierno. Cada escrito del señor Zelaya B. nos acarrea centenares de amigos. Acontece con este escritor lo que con el pavo real. Apenas habla el auditorio se va para otra parte, á la luna si es posible, para no perder lo que la discreción y compostura nos impide pronunciar.

Conceptos notables

A propósito del ardor belicoso con que se atacan los partidarios de uno y otro bando doctrinario, en la Asamblea, reproducimos el siguiente párrafo de Gustavo Le Bon:

«La eficacia maravillosa atribuida á los programas (programas de enseñanza) es una de las más típicas y curiosas manifestaciones del incurable error latino, que nos ha costado tan caro desde hace un siglo y que consiste en creer que las cosas pueden reformarse con instituciones impuestas en bloque y á fuerza de decretos. Trátese de política, de colonización ó de educación, este funesto principio ha sido siempre aplicado con tanta constancia como poco éxito. Las nuevas constituciones destinadas á hacernos felices han sido tan numerosas, y naturalmente, tan estériles, como los programas destinados á asegurar nuestra perfecta educación. No parece sino que las naciones latinas no pueden demostrar perseverancia sino en el sostenimiento de sus errores.»

Eso ha sido escrito especialmente para Francia. ¿No podría considerarse como pensado y escrito en Nicaragua, á propósito de las contiendas actuales?

Cambios ministeriales

Con motivo de haber elevado ante el señor Presidente de la República sus respectivas renuncias los señores Secretarios de Estado en los Despachos de Gobernación, Guerra, Hacienda, Relaciones Exteriores é Instrucción Pública y Fomento, el Poder Ejecutivo resolvió admitir las de los señores Lacayo, Secretario y Subsecretario de Hacienda; la de los señores Solórzano y Pasos, Secretario y Subsecretario de Fomento, respectivamente.

Por acuerdo de ayer ha sido anexada á la Secretaria de Gobernación la de Hacienda; y á la de Guerra la de Fomento.

Esta organización, en realidad tiene el carácter de interina, en virtud de estar próxima la instalación de la Asamblea Constituyente, de cuyas resoluciones depende la organización definitiva del país.

No tiene necesidad «El Centinela» de recomendar á los nicaragüenses el año concepto que el Gobierno Provisional tiene de sus nuevos colaboradores.

sado tenebroso y suspiran por él, como suspiraba Jeremías por la virtud bajo los sauces de Babilonia.

Piensen que esos días luctuosos pueden volver.....

Se Pero no volverán..... Esos once meses de amarguísima, pero gloriosa contienda, esos diez y siete años de proscripción han formado un núcleo de hombres que no saben cejar, que han metido el cerebro de lleno en la luz y la justicia, que se empeñarán en salvar á la patria, en estrecharse en el gobierno como se estrechó en la montaña para pelear contra las numerosas huestes de la tiranía.

No volverán los asesinos á quitarnos la vida y á darnos de palos en la Penitenciaría; los probonos no volverán á meter sus manos anchas y su callosa conciencia en la arca nacional; Nicaragua no volverá á sentir en su frente el hierro del esclavo, la amargura del martirio cruento, inacabable.

Vengan al Gobierno los que padecieron, los que durante diez y siete años, teniendo hambre y sed de justicia, no pudieron saciar su noble ambición.

Pero no volverán á él los que no tuvieron nunca misericordia, los que convirtieron al país en flota, los que forjaron cadenas para remacharlas á los ciudadanos.

No volverán..... porque con esta suprema energía que los largos años de miseria nos dieron hemos aprendido á querer mas esta patria desgraciada, y sobre sus ruinas, sobre sus escombros, sobre las altas cimas de nuestras montañas, en la ciénaga, como en

las ondas de nuestros lagos y nuestros mares y ríos, estamos dispuestos á escribir nombres gloriosos....

J. M. MONCADA.

Enfermedades morales

Igual fenómeno acontece con los criterios torcidos, irracionales, injustos y atentatorios.

Un jurisconsulto, que oye decir, que lee, que se conaturaliza con cierta manera de ver las cosas, concluye por no poder mirarlás de otra manera. Le enseñan á creer, por ejemplo, que interprete perfecto derecho para interpretar la ley, para usar de ella en un sentido ó en otro, para preparar el testigo, porque ejerce un sacerdocio, el llamado sacerdocio de la defensa; y si algún hombre honrado le dice un día que procede muy mal en tratar de defender á un parricida, á un infanticida, á un asesino alevo, el contestará: *procedo bien, ejerzo el sacerdocio de la defensa*. Su cerebro, su alma, cierta fuerza interior, desarrollada por el hábito de creer y pensar de cierta manera; le impulsarán á semejante ratiocinio, ciega, fatalmente. Es incapaz para examinar las cosas desde otro punto de vista. Su moral tiene por fundamento aquel principio, petrificado, por decirlo así, en su conciencia.

El patrón, acostubrado á servir, á vivir del trabajo del pobre, sin la justa remuneración; que se conaturaliza con la creencia de que para eso hay pobres en el mundo, para servir al rico, tendrá siempre, por regla general, extraviado el criterio, de manera que su conciencia no le reprobará nunca la mala acción; y en el municipio, en el congreso, ó en el poder se opondrá con increíble tenacidad á toda ley que propenda á salvar al proletario de la cruel exdoliación de los ricos. Sería un error creer que aquel hombre, obra así solamente por conciencia. No, tiene también su criterio, su modo especial de ver las cosas, hábito adquirido, desarrollado por largo tiempo, un criterio y una conciencia distintas del criterio y la conciencia de los reclamantes. Se desarrolló en su interior una fuerza inconsciente, un conjunto singular de ideas sobre las cosas y los servicios públicos, sobre las clases y las entidades sociales.

El marido ya esclaviza á su esposa, obra en virtud de un criterio, de una conciencia, de una fuerza impulsiva desarrollada en él por las ideas reinantes. No puede, sino por erupción, por educación comenzada en la cuna, sustraerse á semejantes influencias. Su alma se ha forjado en consonancia con el medio ambiente, con una especie de onda que comenzó á vibrar en el principio de las edades y que ha tenido por medio transmisor el cerebro de la humanidad. Unas generaciones han pensado y las subsiguientes han recogido los pensamientos. La voz humana, la tradición, la autoridad de padres á hijos, la escritura, la imprenta, el ejemplo, una multitud de agentes transmisores se encargó y se encarga de llevar el bagaje de las ideas. Con todo eso se forja la conciencia de los hombres, su temperamento, su idiosincracia.

No ha sido otra la causa del vaivén humano, de esta diversidad de criterios, de conciencias, de almas, de este campo de agramante en que vive el mundo.

Con el conjunto de estos hechos se demuestra que el hombre se educa en el género de vida, con las costumbres, con las ideas que entraron, por decirlo así, en su retina. La visión física y la visión espiritual forjan el alma y la conciencia humanas. Comienza el desarrollo de esa alma y esa conciencia en la cuna y termina en el sepulcro. Se forjan minuto á minuto, hora por hora, día por día, año por año, con los ejemplos, los impulsos recibidos, las ideas, con el medio ambiente, en una palabra.

Ese desarrollo puede ser malo, física y moralmente; ó virtuoso. Es raro, pero no imposible que haya virtud en cuerpo enfermo, y vicio en cuerpo sano; y casi siempre se observa que á la larga, enferma por el vicio el cuerpo que fué sano y vacila la virtud en el cuerpo enfermo. El alma enferma, envidiosa, rastrera, vil, termina por arruinar el cuerpo; y el cuerpo enfermo, débil, miserable, concluye por apocar el alma, por obs-

curecerle y aniquilarla. El pensamiento enloquece por efecto de la debilidad corporal.

Se hayan, pues, alma y cuerpo en relación íntima, indestructible. Padecen iguales enfermedades, caminan en conformidad completa, congenian, se impulsan en el mismo sentido, con manifiesta reciprocidad.

Se desarrollan por alimento material y por alimento espiritual. Cada substancia asimilada en el estómago del hombre contribuye á la vida física y cada idea asimilada por el alma, mejor dicho, el cerebro, alimenta la vida intelectual. Si los alimentos materiales son malos, el cuerpo padece, se desarrollan toxinas en el vientre, y se altera la sangre, se envenena. Si las ideas son malas, falsas y atentatorias, padece, enferma el alma, se forja el criterio envenenado y corruptor.

Se pueden curar á tiempo esos males del cuerpo, vigorizando el estómago en edad infantil.

Y de igual manera es posible curar los males del alma, alimentando el cerebro con ideas sanas y habituando al cuerpo á prácticas honestas y decentes.

Todo mal, pues, y todo bien comienza en la infancia del hombre.

Managua, 18 de Octubre de 1910

Ferrocarril al Rama

Todos los que hemos cruzado tantas veces, por muchas direcciones, las montañas que desde los llanos de Acoyapa comienzan á formarse y van subiendo primero y descendiendo luego para el Rama y Binefields; para la región de San Juan del Norte, por la derecha, hacia Costa Rica, y la del Cabo por la izquierda, hacia Honduras; todos los que conocemos lo que vale la Costa, parte verdaderamente consciente del país, y lo que hizo por esta libertad de que gozamos, queremos abrir las fuentes de riqueza incalculable que en toda esa gran región se continúan construyendo un ferrocarril.

El Gobierno quiere construirlo no por San Miguelito y Monkey Point, cuya línea cruza solamente tierras desiertas y no converge á ningún centro de población, sino por San Ubaldo y Acoyapa, cruzando todo el llano en donde los ganados pacen y se multiplican, y por el Rama, buscando las fértiles y variadas tierras del Siquia, del Rama y el Escondido. Queremos que allí donde tantos hermanos han perecido, florezcan nuevas poblaciones nicaraguenses, ricas y prósperas, y se llenen los ríos, por donde han rodado los cadáveres, de barcos, ora con maderas de construcción, ora con el cacao, el café, el azúcar, que para toda esa tierra, en cuyo seno las bendiciones de Dios llovieron á raudales.

Ya el interior no tiene tierras fáciles ni ricas para el cultivo. Si no están llenos de siembras y ganados, en la extensión de la pala-

bra, están acaparadas por los grandes propietarios. La población paupérrima busca trabajo en las ciudades ó pide el pan al Gobierno y se convierte en enemiga si no le dan. Urge poner el remedio de esta manera concluiremos con las guerras civiles y el afán de hacer fortuna por medio de las rentas públicas y no con el trabajo honrado y los senos fecundos de la madre tierra.

Por un sistema de lenta colonización, encargada al Ministerio de Agricultura y Trabajo que creará pronto la Revolución, para que sea su obra primordial y el símbolo de su hermoso programa, podremos acarrear la población trabajadora y pobre del interior y establecerla á lo largo de la línea férrea con la herramienta y las semillas del plantador.

Alguien ha dicho que la civilización de Nicaragua sería otra si se hubiera establecido el conquistador por el lado de la Costa Atlántica; y ciertamente, encierra una verdad y una ley sociológica el pensamiento, puesto que el Atlántico ha sido desde tiempos muy remotos el conductor apocalíptico del pensamiento y de la luz. Por ese océano han caído en el mundo torrentes de civilización, habiendo comenzado en las cuencas del Asia para despararrnarse, por medio de vapores, en todos los ámbitos del planeta.

Y es que la luz del pensamiento requiere, como el comercio, facilidades de comunicación. El comercio de las ideas, la luz que irradian de las pupilas del hombre, las expansiones del alma se mueren ó estancan allí donde no hay anchas vías materiales.

Por Corinto estamos nosotros á más de quince días de distancia de las grandes fuentes norteamericanas, y por Bluefields á menos de cuatro, lo que equivale á decir que no hay valla y que la luz puede llegar sin estropezos.

Por otra parte, el ferrocarril al Rama, fué programa de la Revolución, y además de haber sido un programa es un deber irrenunciable, contraído con ese pueblo de la Costa que nos dió todo y nos trajo á Managua, colocando en todas partes, en los altos cerros y en los profundos valles, la bandera de la redención.

Otro deber del Estado es el ferrocarril á Matagalpa, cuyas ricas montañas piden también mano de trabajadores y aliciente y medios para el progreso.

Sé que no concluirá su Gobierno provisional Juan José Estrada sin comenzar siquiera una de esas obras. Para la del Rama han llegado ya los primeros rieles; y so lamentemente se espera salir de este período de gestación republicana, pues hemos tenido que renacer de las cenizas de la República, para iniciar los trabajos.

J. M. MONCADA.

Managua, 19 de Octubre de 1910

El tener memoria....

No sé bien si sea privilegiada la memoria que Dios me dió, pero yo recuerdo muchas cosas como si

fuéran de ayer.

Recuerdo que desde 1899 caí en la cárcel y se me arrebató la imprenta que se editaba «Centineia».

Recuerdo que me trataron desde entonces casi todos los zelayistas con una crueldad odiosa. No pude trabajar, no pude dar de comer á mis hijos, tuve que ir á la guerra contra el tirano en 1897, y estar contra él en 1896.

No olvido que en 1893 los conservadores de Managua y de Granada salvaron á Zelaya contra León, y que pocos días después se hallaban en la cárcel. Zelaya se reía, se frotaba las manos de contento, por haber cometido aquella vileza. Así se enorgullece la persona mal educada después de insultar al transeunte. Vuelve la cara satisfecha á todos lados en demanda del aplauso general. Zelaya lo demandaba por medio de una prensa que jamás se había conocido en Nicaragua.

Llegó el éxodo, ese terrible éxodo que dejó los hogares huérfanos y las heredades abandonadas..... Y seguía imperando la tiranía, esa tiranía que causó espanto á las Américas y á la Europa misma. Turquía se había trasladado á Nicaragua, y los Ministros de Zelaya eran eunucos acarreadores de vírgenes y víctimas.

Todo se sepultaba. Yo ví dar el honor, la dignidad, la conciencia por el espantoso desfilaro del mal. Me hace daño tener esta memoria, que no me permite olvidar nada. Yo desearía convertir en realidad la leyenda griega y conocer una laguna Estigia, en la cual pudiera bañar mi cabeza calenturienta á fuerza de recordar tanto horror.

Yo recuerdo una cosa bien triste, tan triste que merecería ser callado, pero no puedo callar por que me sofoca. Los hermanos, los hijos, los padres, bailaban en el Campo de Marte y sonreían al tirano, mientras los deudos estrechaban su frente sudorosa contra los ladrillos y las paredes de la Penitenciaría.

Ahora me piden que para no dividir al partido cese en mis ataques contra los probonos, contra los que iban á Palacio, mientras los parientes y los partidarios eran fustigados.....y no puedo cejar.....no, no puedo. La náusea aparece en mi garganta al acercarme á ellos.

Yo ví á un villano de Masaya aplaudir á Zelaya mientras apaleaban á su hermano en el Ocotál; y si me dijeran que me acercara á ese hombre, tal vez escupiría el rostro de quien me diera tal consejo.

Yo sé que muchos toleraban que sus mismas esposas recibieran dádivas del tirano, y yo no podré acercarme á ellos, porque no tengo estómago para perdonar esas bajezas.... Prefiero quedarme solo. Desde la soledad, fiero con mi carácter y mi orgullo, porque en verdad, tengo conciencia plena de mi carácter y de mi orgullo, vería pasar para el Campo de Marte la siniestra procesión de victimarios y palafreneros del tirano.

No me digan en Granada, ni me digan más mis queridos compañeros que vaya á banquetes con esos hombres, porque no iré; y

me quedaré sin la Sultana y sin ver el Gran Lago que tantas veces encendió mi imaginación de niño.

Si en eso consiste la política, yo no quiero ser político. Antes que todo quiero ser ciudadano amante de mi patria y de su honor. Yo no olvido aquella vergüenza; yo no perdono que el pueblo se haya muerto de hambre, perseguido y apaleado, mientras otros se hartaban y se llevaban á su casa la hacienda nacional.

J. M. MONCADA.

EL TRABAJO

Vivirás con el sudor de la frente.....

El género de vida, consiguiétemente, los alimentos materiales y morales, desarrollan y forjan al hombre, física y espiritualmente.

El género de vida de los pueblos es el resultado del modo de vida individual. El producto pueblo se obtiene por la multiplicación de los factores individuales.

La mayoría enferma triunfa sobre la minoría sana é impulsa al cuerpo social por el sendero de las enfermedades físicas y morales.

En cambio, la mayoría sana triunfa sobre la minoría enferma y dirige, encamina al cuerpo social hacia el progreso.

Por manera que sabiendo el sociólogo cómo enferman los individuos y los pueblos, y por qué medio pueden curarse, la medicina que podríamos llamar social alcanza la categoría de verdadera ciencia.

Es el gran problema humano, ya casi resuelto por los sabios. Esta conquistista salvará á las razas del aniquilamiento y honrará al hombre sobre todas las cosas.

Ya sabemos como enferman los individuos física y moralmente, y hemos inducido por ley matemática como enferman los pueblos, física y moralmente. Si varios factores, si la mayoría de los factores se haya enferma, el producto, lógicamente, padecerá de igual manera.

Esto indica la razón. Es preciso saber si lo demuestra también la historia.

En las edades ancestrales el hombre vivía en plena naturaleza. El individuo luchaba á brazo, partiendo contra los obstáculos y los elementos. Se alimentaba de frutos, de peces, de granos, de carne, según los seres y las cosas que en la región encontraba. No tenía muchos abrigos, casas bien construidas, armas cortantes para su propia defensa ó para el ataque. En su primera edad no tuvo ni el fuego, el salvador del hombre.

Ese género de vida daba al hombre fatalmente las fuerzas necesarias. Ejercitaba sus músculos y sus brazos. Encontrándose en el seno de la naturaleza pudo ver las cosas y los seres, examinarlos, y de esta manera ejercitó su cerebro, nació la inteligencia humana.

Si el ejercicio físico da vigor,

bra, están acaparadas por los grandes propietarios. La población paupérrima busca trabajo en las ciudades ó pide el pan al Gobierno y se convierte en enemiga si no le dan. Urge poner el remedio de esta manera concluiremos con las guerras civiles y el afán de hacer fortuna por medio de las rentas públicas y no con el trabajo honrado y los senos fecundos de la madre tierra.

Por un sistema de lenta colonización, encargada al Ministerio de Agricultura y Trabajo que creará pronto la Revolución, para que sea su obra primordial y el símbolo de su hermoso programa, podremos acarrear la población trabajadora y pobre del interior y establecerla á lo largo de la línea férrea con la herramienta y las semillas del plantador.

Alguien ha dicho que la civilización de Nicaragua sería otra si se hubiera establecido el conquistador por el lado de la Costa Atlántica; y ciertamente, encierra una verdad y una ley sociológica el pensamiento, puesto que el Atlántico ha sido desde tiempos muy remotos el conductor apocalíptico del pensamiento y de la luz. Por ese océano han caído en el mundo torrentes de civilización, habiendo comenzado en las cuencas del Asia para despararrnarse, por medio de vapores, en todos los ámbitos del planeta.

Y es que la luz del pensamiento requiere, como el comercio, facilidades de comunicación. El comercio de las ideas, la luz que irradian de las pupilas del hombre, las expansiones del alma se mueren ó estancan allí donde no hay anchas vías materiales.

Por Corinto estamos nosotros á más de quince días de distancia de las grandes fuentes norteamericanas, y por Bluefields á menos de cuatro, lo que equivale á decir que no hay valla y que la luz puede llegar sin estropezos.

Por otra parte, el ferrocarril al Rama, fué programa de la Revolución, y además de haber sido un programa es un deber irrenunciable, contraído con ese pueblo de la Costa que nos dió todo y nos trajo á Managua, colocando en todas partes, en los altos cerros y en los profundos valles, la bandera de la redención.

Otro deber del Estado es el ferrocarril á Matagalpa, cuyas ricas montañas piden también mano de trabajadores y aliciente y medios para el progreso.

Sé que no concluirá su Gobierno provisional Juan José Estrada sin comenzar siquiera una de esas obras. Para la del Rama han llegado ya los primeros rieles; y so lamentemente se espera salir de este período de gestación republicana, pues hemos tenido que renacer de las cenizas de la República, para iniciar los trabajos.

J. M. MONCADA.

Managua, 19 de Octubre de 1910

El tener memoria....

No sé bien si sea privilegiada la memoria que Dios me dió, pero yo recuerdo muchas cosas como si

fueran de ayer.

Recuerdo que desde 1899 caí en la cárcel y se me arrebató la imprenta que se editaba «Centineia».

Recuerdo que me trataron desde entonces casi todos los zelayistas con una crueldad odiosa. No pude trabajar, no pude dar de comer á mis hijos, tuve que ir á la guerra contra el tirano en 1897, y estar contra él en 1896.

No olvido que en 1893 los conservadores de Managua y de Granada salvaron á Zelaya contra León, y que pocos días después se hallaban en la cárcel. Zelaya se reía, se frotaba las manos de contento, por haber cometido aquella vileza. Así se enorgullece la persona mal educada después de insultar al transeunte. Vuelve la cara satisfecha á todos lados en demanda del aplauso general. Zelaya lo demandaba por medio de una prensa que jamás se había conocido en Nicaragua.

Llegó el éxodo, ese terrible éxodo que dejó los hogares huérfanos y las heredades abandonadas..... Y seguía imperando la tiranía, esa tiranía que causó espanto á las Américas y á la Europa misma. Turquía se había trasladado á Nicaragua, y los Ministros de Zelaya eran eunucos acarreadores de vírgenes y víctimas.

Todo se sepultaba. Yo ví dar el honor, la dignidad, la conciencia por el espantoso desfilaro del mal. Me hace daño tener esta memoria, que no me permite olvidar nada. Yo desearía convertir en realidad la leyenda griega y conocer una laguna Estigia, en la cual pudiera bañar mi cabeza calenturienta á fuerza de recordar tanto horror.

Yo recuerdo una cosa bien triste, tan triste que merecería ser callado, pero no puedo callar por que me sofoca. Los hermanos, los hijos, los padres, bailaban en el Campo de Marte y sonreían al tirano, mientras los deudos estrechaban su frente sudorosa contra los ladrillos y las paredes de la Penitenciaría.

Ahora me piden que para no dividir al partido cese en mis ataques contra los probonos, contra los que iban á Palacio, mientras los parientes y los partidarios eran fustigados.....y no puedo cejar.....no, no puedo. La náusea aparece en mi garganta al acercarme á ellos.

Yo ví á un villano de Masaya aplaudir á Zelaya mientras apaleaban á su hermano en el Ocotál; y si me dijeran que me acercara á ese hombre, tal vez escupiría el rostro de quien me diera tal consejo.

Yo sé que muchos toleraban que sus mismas esposas recibieran dádivas del tirano, y yo no podré acercarme á ellos, porque no tengo estómago para perdonar esas bajezas.... Prefiero quedarme solo. Desde la soledad, fiero con mi carácter y mi orgullo, porque en verdad, tengo conciencia plena de mi carácter y de mi orgullo, vería pasar para el Campo de Marte la siniestra procesión de victimarios y palafreneros del tirano.

No me digan en Granada, ni me digan más mis queridos compañeros que vaya á banquetes con esos hombres, porque no iré; y

me quedaré sin la Sultana y sin ver el Gran Lago que tantas veces encendió mi imaginación de niño.

Si en eso consiste la política, yo no quiero ser político. Antes que todo quiero ser ciudadano amante de mi patria y de su honor. Yo no olvido aquella vergüenza; yo no perdono que el pueblo se haya muerto de hambre, perseguido y apaleado, mientras otros se hartaban y se llevaban á su casa la hacienda nacional.

J. M. MONCADA.

EL TRABAJO

Vivirás con el sudor de la frente.....

El género de vida, consiguiétemente, los alimentos materiales y morales, desarrollan y forjan al hombre, física y espiritualmente.

El género de vida de los pueblos es el resultado del modo de vida individual. El producto pueblo se obtiene por la multiplicación de los factores individuales.

La mayoría enferma triunfa sobre la minoría sana é impulsa al cuerpo social por el sendero de las enfermedades físicas y morales.

En cambio, la mayoría sana triunfa sobre la minoría enferma y dirige, encamina al cuerpo social hacia el progreso.

Por manera que sabiendo el sociólogo cómo enferman los individuos y los pueblos, y por qué medio pueden curarse, la medicina que podríamos llamar social alcanza la categoría de verdadera ciencia.

Es el gran problema humano, ya casi resuelto por los sabios. Esta conquistista salvará á las razas del aniquilamiento y honrará al hombre sobre todas las cosas.

Ya sabemos como enferman los individuos física y moralmente, y hemos inducido por ley matemática como enferman los pueblos, física y moralmente. Si varios factores, si la mayoría de los factores se haya enferma, el producto, lógicamente, padecerá de igual manera.

Esto indica la razón. Es preciso saber si lo demuestra también la historia.

En las edades ancestrales el hombre vivía en plena naturaleza. El individuo luchaba á brazo partido contra los obstáculos y los elementos. Se alimentaba de frutos, de peces, de granos, de carne, según los seres y las cosas que en la región encontraba. No tenía muchos abrigos, casas bien construidas, armas cortantes para su propia defensa ó para el ataque. En su primera edad no tuvo ni el fuego, el salvador del hombre.

Ese género de vida daba al hombre fatalmente las fuerzas necesarias. Ejercitaba sus músculos y sus brazos. Encontrándose en el seno de la naturaleza pudo ver las cosas y los seres, examinarlos, y de esta manera ejercitó su cerebro, nació la inteligencia humana.

Si el ejercicio físico da vigor,

Cosas de Masaya

sa y propone la creación de una oficina de agronomía, anexa al Ministerio de Fomento, creo de mi deber advertir al *Diario* de Granada, por si no lo sabe, que en las altas regiones, quien más ocupado se mantiene, es casualmente el Sr. Ministro de Fomento, y por eso andan muy mal el Telégrafo, el Teléfono y los Ferrocarriles y andaría mal también la oficina de Agronomía.

Pero prescindiendo de estas cosas que son de poca monta, y que talvez no obedecen á incompetencia de don Fernando Solórzano, pues le tengo por hombre de corazón y buen patriota, también se debe advertir que en Nicaragua, por desgracia, todo anda así, en la ignorancia, como «El Diario Nicaragüense» apunta. Nos celebran, por ejemplo, mucho, á los militares vencedores; pero los más famosos no sabemos siquiera de cuantas piezas se compone el fusil remington, ni podríamos dirigir una parada. Sin embargo hay un Ministerio de la Guerra en el cual este servidor del colega desempeña el puesto humilde de Subsecretario, que dejará muy pronto, porque, según creo, disgusta á «El Diario Nicaragüense» y al partido que representa.

No sirvo en el Ministerio, pues serviré en otra parte, en esa lucha contra las fuerzas conjuradas, que tanto se aviene con mi temperamento impetuoso.

No se trata, pues, de escoger á un hombre sabio en agricultura para dirigir el Ministerio, porque no es él precisamente quien va á enseñar, sino los profesores especialistas, los cuales deben de traerse de Bélgica ó de donde «El Diario Nicaragüense» lo indique, pues mucho deseamos todos seguir al pie de la letra sus sabias opiniones.

Sabemos que también quiere aconsejarnos «El Diario Nicaragüense» el volver los ojos con amor á la Constitución de 58. Procuraremos seguirle también por estos caminos, para que no tenga por incorregible liberal á este pobre «Centinela», palo de camino de tiros y troyanos, de amigos y enemigos, y para que no le sigan diciendo disociador, palabra que le causa alguna pena.

Conste que no me refiero por ningún punto á persona. Han dado en decir que «El Centinela» es periódico del Campo de Marte, poniéndome por esta causa en la necesidad de demostrar, con juicios imparciales, aunque se trate de habitantes de la gloria, que este diario es solamente órgano mío y del pueblo nicaragüense, pues solamente los intereses del pueblo defiende y por su bienestar vela, espantando á los probonos, quienes con santa audacia desean volver á las andadas y meter ambas manos y hasta los dientes en la Tesorería Nacional.

J. M. MONCADA.

Cartas y telegramas he estado recibiendo de los compañeros de armas de la Revolución, vecinos de Masaya, sobre el mal camino que lleva el actual Jefe Político de Masaya, don Mariano Solórzano.

Me decían que tras bastidores se entiende con los Abaunzas; con aquel Gollito que vivía arrastrándose en el Palacio y en el Campo de Marte, para jugar con los cochorros del déspota; con aquel Fernando, solidario en todos los delitos de la tiranía; con aquel Leandrito, hombre raro, que suele bañarse con las lágrimas de sus víctimas, arruinadas por la usura que le carcome el alma y le hunde los ojos en las cuencas; con aquel Benjamín, que no es sin duda el menos culpable de los judíos; con aquel José Pérez S., cuyo nombre no quisiera escribir.

Y era verdad lo que me decían. Como Mariano Solórzano no anduvo con nosotros, no le puede tener amor á esta causa que tanto nos ha hecho padecer. Acaba de sorprender la buena fe de la Corte Suprema, recomendándole para Médico Forense al mismo José Pérez S.; pero para que no se recordara al hombre, le puso José M. Pérez y le suprimió la S.

Ya está, pues, el esbirro en el santuario de la ley. Ya los hombres malos y perversos, merced á ese carácter contemporalizador y poco digno de la mayoría de nuestros hombres públicos, ya participan de los puestos que ayer no más corrompieron.

Entre nosotros no existe la sanción moral. Los criminales se sientan á nuestras mesas y nos codeamos con ellos sin rubor.

Yo protesto por los amigos de Masaya, por los que nos acompañaron en la cruzada, por los que fueron al Mombacho, y que son en esa ciudad el mayor número. Esa pobre tierra ha sufrido durante diez y siete años el flagelo de los Abaunzas; los hijos del pueblo fueron perseguidos allí sin misericordia; y Masatepe, á quien el mismo Zelaya llamaba el pueblo rebelde, padeció la afrenta de ese horrible dominio.

Todavía recuerdo el sacudimiento que recorrió mi cuerpo al conocer los detalles de un horrible asesinato. Había en la prisión, en donde á mí tantas veces me encarcelaron los Abaunzas, un mal hombre llamado Domingo Toribio. Una noche, al peso de las 12, en el misterio, llegó una patrulla y le dijo al carcelero, ¡abre! y Domingo Toribio fué extraído.

El criminal tembló, sospechando que le conducían al patíbulo.

—No, le dijo el jefe, te llevamos á Nindirí, en donde darás una declaración.

Pero á poco Toribio observó que le conducían en sentido opuesto, calle del cementerio, es decir, hacia la tumba. El sentenciado contaba sus pasos, y, vacilante, tembloroso, se dejó caer de rodillas para que le permitieran bus-

car un sacerdote y confesarse.

Entonces los verdugos olvidaron la astucia y se arrancaron la máscara: maltratándole, le empujaban Siguió la patrulla.....

El sentenciado seguía también, arrastrado, escupido..... Una descarga puso fin á sus días y junto á la charca de sangre se cavó una fosa.....

El sepulturero, al día siguiente asustado ante aquellas sangrientas huellas, corrió á dar parte al Jefe Político, y el Jefe Político le dijo:

Silencio.....! Si Ud. vuelve á pronunciar otra palabra, correrá la misma suerte.....

El sepulturero enmudeció; pero si él enmudeció, yo tengo en cambio esta memoria que me hace daño, y me sofoca.

Con esas gentes quiere estar el actual Jefe Político de Masaya. No le envidio el gusto; pero todo Masaya debe levantarse para protestar y pedir su separación.

J. M. MONCADA.

Por la Revolución

Trabajan contra la obra revolucionaria, tan cara á los patriotas, todos los que en estos momentos de difícil transición hablan de partidos.

Nivelo en este anatema á conservadores y liberales. Los Jefes de la Revolución declararon, al estallar el movimiento, que no se inspiraban en los estrechos moldes de nuestros círculos políticos.

Juan Estrada y Adolfo Díaz, preparadores del movimiento, concibieron y ejecutaron como patriotas, y en este concepto solicitó el segundo la cooperación del general Emiliano Chamorro, que se encontraba en Guatemala.

Luis Mena, igualmente, aunque conservador como Díaz, no se acordó para nada de los círculos políticos, sino de la patria.

Y el general Emiliano Chamorro, en una hermosa manifestación que «El Centinela» ha reproducido, consignó las mismas patrióticas palabras.

Y como la Revolución no ha puesto término á su obra, y todavía lucha por cimentarse, porque son aquí muchos y poderosos los intereses que tiene que destruir, los compromisos que Zelaya dejó al país, no puede renunciar á los beneficios del triunfo, y á su fuerza de acción fundada en su unidad.

Hablando de partidos y de convenciones conservadoras ó liberales, propenderíamos á destruir esa unión, es decir, el alma, la fuerza revolucionaria.

Por ahora no debe existir más que esta entidad: La Revolución. A ella debemos sacrificar nuestros intereses personales, los de partido y toda ambición que no tenga atingencia con la noble ley del patriotismo.

Por otra parte, la Costa Atlántica, cuna de la Revolución, no conoce estas divisiones que al in-

terior agitan. Si hubo rivalidades y pequeneces en el movimiento, no se hallaban ciertamente en pechos costeos, sino en los que procedentes de fuera llevaban la horrible enfermedad que nos consume, á orillas de estos lagos, el fanatismo político tan grave y tan incurable como el fanatismo religioso.

Allá en la Costa, al igual de los Estados Unidos, solamente existen intereses económicos, vitales, y se sublevan contra la opresión, no para que gobierne, á todo trance, ó escale el poder zutano ó menguano, que nos dará granjerías, sino un ciudadano que nos proporcione trabajo y libertad para trabajar. Este alto modo de pensar debiera ser una enseñanza para los del interior.

Pero nosotros no queremos aprender, ni recordamos la historia. No sabemos que la Cuesta está muy cerca de Managua, como el Capitolio de la Roca Tarpeya. Nos metemos de nariz y de cuerpo entero en nuestra mezquindad, y pugnamos por codear á los hombres buenos, y aceptamos en cambio á los que no tienen crédito ni conciencia, sino que con todo comulgan y apechugan.

La tiranía todo lo había demolido. Yo no sé donde están esos partidos puros é intachables. Allí vemos vacilar al Ministro actual de Hacienda en la obra de dar á conocer á los nicaragüenses los nombres de los que participaron escandalosamente de las rentas nacionales.

¿Por qué vacilaría? No hay necesidad de responder á esta pregunta; «El Comercio» ya lo dijo.

También sucede que los artesanos de Managua, los hijos del pueblo, que no se habían corrompido con Zelaya, fueron en su debido tiempo, sino los primeros en la protesta, tampoco los últimos. Tienen, pues, derecho á entrar en la Revolución, sean ó no sean conservadores.

Necesitamos de prolongar, tal vez por un año, tal vez por dos, el Gobierno Provisional del General Estrada, verdadero lazo de unión entre nosotros, hombre raro en la abnegación, para resolver con mano enérgica el problema, acallar pasiones, extinguir odios, y depurar los partidos.

Sobre todo, pesa sobre la Revolución un gran compromiso internacional. Si los Estados Unidos de América nos prestaron su apoyo moral, el apoyo de la civilización, lo hicieron al tenor de la nota de Knox y esta establece, exige la caída completa del zelayismo y éste no se compone en verdad y exclusivamente de liberales sino también de conservadores. Todo lo corrompió aquel hombre y por esta causa lo que

primero necesitamos es medicina, es amputación, para detener al país en la mitad de la pendiente por la cual se precipitaba, sin freno y sin medida.

J. M. MONCADA.

La Linterna

Acaba de ver la luz pública una revista política, bajo la dirección del Dr. Hildebrando Castellón, hijo político de don José Dolores Gámez.

El Dr. Castellón ha logrado reunir en sí mismo, cosa rara las cualidades de verdadero hijo político de Gámez. Es hijo de él, su propia hechura en todo.

Según dicen «La Linterna» tiene un fin oculto: el de buscar un hombre.

Cualquiera diría por esto que Castellón se parece á Diógenes y no hay tal. Es hombre muy amigo de sus comodidades como Gámez, y sería incapaz de vivir en un tonel. Pero, eso sí, es muy capaz, como su suegro, de empeñarse en meter á los conservadores en el tonel, á macha martillo.

Nosotros, para allanar el camino del Dr. Castellón, deseamos indicar de una vez al hombre. Que apague su linterna, porque el hombre ya apareció. Es su suegro, es José Dolores Gámez, padre político y putativo del doctor. Se parecen, y más se van á parecer en los venideros siglos, como una gota de agua á otra gota.

Llora mucho el hijo de Gámez por la muerte de Manuel Coronel Matus y achaca á la Revolución la culpa de tan horrible desgracia.

Discrepamos con todo respeto en este particular. Según creemos, es la sangre de los Vanegas la que ahogó á Matus, como la de Rivera y otros muchos hombres, cuyo caudal sangriento podría formar un río, ahoga á Gámez, de tal manera, que aun presentándose como jefe del partido liberal, sus antiguos compañeros acaban de voltearle las espaldas.

Reflexionando mejor, diremos que no sería conveniente apagar La Linterna. Que nos dé ella si quiera una luz mortecina, ya que Mr. Solomon se ha enfurruñado con nosotros y nada nos quiere dar. Solamente quiere quitarnos.

Ya que de quitar se trata, indicaremos al señor Ministro de la Gobernación que «La Linterna» se edita en la Tipografía Nacional, y que no es conveniente que la nación pague guerra que aquel periódico acaba de declarar contra el sentido comun.

Managua, 25 de Octubre de 1910

Del libro «Cosas de Centro América»

Continúo con el victimario. Su temperamento y su política resalta de los hechos narrados con sencillez y verdad.

En sus mocedades pasaba los días tratando de corromper á los jefes de los cuarteles para que le entregasen las armas. Ha continuado en esta profesión y ahora compra á los jefes de los cuarteles de los otros países, á los mi-

litares que van á pelear contra él; compra á los encargados de defender una posición, como hizo en Namasigüe, y ofrece la presidencia de Honduras, el Salvador, Guatemala ó Costa Rica á los agentes que los Gobiernos de esos le envían.

Más tarde le hicieron jefe del partido liberal, por haber echado á tierra de un puñetazo á un anciano octogenario llamado Fabio Carnevalini. Un acto de fuerza le dió la jefatura de su partido, y actos de fuerza y de traición le dan cierto prestigio en Centro América y aun en pueblos ó naciones que se tienen por civilizadas, como México y Estados Unidos.

Parte más activa y productiva tomó Zelaya el año de 1893, con ocasión de la guerra de los granadinos contra Sacasa.

Con el triunfo de esta revolución consiguió Zelaya ser una personalidad. Sacó su nombre de los estrechos límites del pueblo de Managua, de donde es originario, y lo dilató por más amplios horizontes.

Fué bastante astuto con los granadinos y con todo el mundo, pues debo confesar ingenuamente que á mí me engañó también. Le creí liberal y fui partidario de su elevación al poder.

No bien se arregló la paz, y hallándose todavía en los consejos de los granadinos, fraguó una contrarrevolución de acuerdo con los leoneses, la cual estalló el 11 de Julio del mismo año, triunfando á los pocos días por incapacidad de los jefes granadinos. En la última batalla, llamada La Cuesta, Zelaya estaba derrotado, corrido; pero un jefe granadino denó la retirada no sólo del po de batalla, sino también Managua.

Quando Gámez, ministro de Zelaya en la revolución, entró al palacio el primero, dijo al autor de estas memorias: *Esto nos lo han regalado.*

Es el regalo de la cosa pública, *res pública* que llamaban los romanos.

En 1894 intervino en Honduras, como ya se ha dicho, para derrocar á Domingo Vásquez, que lo amenazaba. El triunfo lo atribuyó á sus armas y no al vencedor de Choluteca, general Manuel Bonilla.

Envalentonado desde entonces, dió en el plan de elevar presidentes por aquí ó por allá, á su gusto y por propagar, decía, las ideas liberales. Cuando subió al poder, se hallaba en Nicaragua, expulso de su patria, el caudillo ecuatoriano Eloy Alfaro. Tomó éste parte en los consejos del Gobierno nicaragüense, y un día de tantos dió á Zelaya el siguiente:

Arruine, empobrezca á sus enemigos políticos para evitar que le hagan la guerra.

Semejante consejo no es nuevo. Siempre se ha creído, en aquellos siglos bárbaros y éstos que se tienen por civilizados, que para perpetuarse en el poder no hay medio más seguro que el de arruinar al enemigo y á los pueblos vecinos. Las proscripciones y